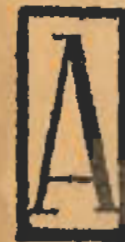


ESTAMPAS DE ESPAÑA:

Alcalá de Henares, cuna de Cervantes



Almendras, almendras de Alcalá... El grito de una muchacha morena va y viene a lo largo del andén. Desde la ventanilla del vagón, tras un vaho de niebla otoñal que empuja los cristales, contemplamos la estación de Alcalá de Henares, en medio de un trasiego nervioso de viajeros.

Estas famosas almendras garrañadas, son una golosina monjí para el paladar. Yo las tengo emborrachadas en otras ocasiones, pero aunque acabo de desayunar, las adquiere como si con ello realizase el rito tradicional de todo aquel que viaja en dirección a Madrid. Es como un tributo, como una contribución que hay que satisfacer en el paso fugaz por esta vieja ciudad castellana, tan próxima a la capital de España.

Un cura, que viene en mi compartimiento — gran charlador, y por las tramas, muy culto y erudito — me dice:

— ¿Conoce usted Alcalá?... Sin duda no le ha interesado, o bien nunca se detuvo a pensar que es una reliquia de la vieja España arquitectónica...

— No ignora que es la cuna de Don Miguel de Cervantes, el inmortal autor de "Don Quijote", y que en ella estuvo la Universidad fundada por el Cardenal Cisneros, la que rivalizó en sabiduría con Salamanca, pero, en verdad, debo confesarle: atraído por Toledo, por Segovia, por Avila, he ido aplazando siempre la ocasión de conocerla.

— Hace usted mal — replica el buen sacerdote. — Alcalá de Henares, es ciudad que debo estar en la ruta de todo artista. Además, no sólo fué cuna del más grande ingenio de la raza, sino también de ese gran poeta Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, cuyos versos, bellos y apaciguados, son como la sonrisa inicial de la literatura clásica...

Dando vueltas en el paladar a una de estas almendras, saboreo a la vez que el dulzor de su confitura el inefable encanto que emana de las palabras de mi interlocutor. El ha vivido varios años en Alcalá, él ha paseado sus ocios de estudiante, cuando conviviera con los Padres Escolapios, ya por las orillas del río Henares o bien por el Campo Laudable, que así se llaman los confines de la ciudad, que en esto como en todo, conserva una marcada prestancia de raíz latina.

Son tan elocuentes los informes de mi compañero de viaje, que me prometo visitarla.

Y cumplíandome esta promesa, hecha en íntimo pacto espiritual, he venido a pasar tres días en este incomparable rincón castellano, distante unos treinta kilómetros de Madrid, y, sin embargo, tan lejano en edad, en ambiente, como si el escape trayecto fuese un camino mágico por el que se retrocediese hacia el pasado.

Alcalá de Henares conserva un aire vetusto que la invita a elarvo prestigio patriarcal, común a todas las poblaciones que habitan de la grandeza de Castilla en tiempos ya remotos. ¡Qué señorío, qué gracia clásica, de latina cepa, se desprende de toda ella, cual si en los perfiles de sus casas altas y en la línea de sus torres herólicas, como en sus murallas de fuertes arcaicas, perdurase los elementos romanos de cuando fué bautizada Complutum, por las legiones de Trajano.

La primera visión que ofrece Alcalá, es una afosa puerta que da

acceso a la ciudad al finalizar la carretera de Madrid. Es de piedra alfarera, blanca, muy clásica en sus contornos. Se recorta como un pórtico helénico en el azul purísimo de esta tarde octubriera. Un farol de hierro y cristales, fluye una vieja estrella dentro de esta perspectiva, agudizada por el campanario esbelto de la iglesia magistral.

Abandonamos el automóvil para deambular por las calles céntricas. Damos en la Plaza Mayor. La estatua de Cervantes la preside, perpetuando así la figura del más célebre hijo de Alcalá. Unos soporales, acentúan el ambiente típico, inconfundiblemente castellano, de esta plaza amplia y severa. En un extremo de ella se alza el soberbio edificio que el Cardenal Cisneros mandó edificar para la Universidad Complutense, y que hace ya noventa años, desalojados los estudios superiores, pasó a ser ocupado por los Padres Escolapios como Colegio de San Ildefonso.

Pedro Gumiel — arquitecto famoso, que también nació en Alcalá — trazó esta obra. Rodrigo Gil de Oñativio, al reedificar la fachada, la dispuso tal como se conservaba: en blanca piedra de Tamajón, dorada por el sol, y cuyos relieves de estilo Renacimiento, armonizan con las columnas platerescas. Una galería de arcos estrados, corona el edificio. En la cimera del frontón, el Redentor aparece bendiciendo al mundo. Sobre el portal mayor, los escudos de Cisneros, tallados en piedra, se ven protegidos por dos guerreros de hercúleos brazos. Más en lo alto, un gran escudo imperial, con el águila bicéfala, ostenta en ambos lados dos reyes de armas. Remata la cornisa superior del edificio una balaustrada con agujas góticas.

Me detengo a contemplar especialmente tan singular joya del Renacimiento español. Entre en los patios de la Universidad, solitarios, fríos, con esa quietud resonante, característica en las construcciones conventuales. El más grande, está circundado por un cenobar de columnas corintias y jónicas. Todo el clasicismo renacentista, que guarda de Grecia la pureza de concepción, campea en estos patios universitarios.

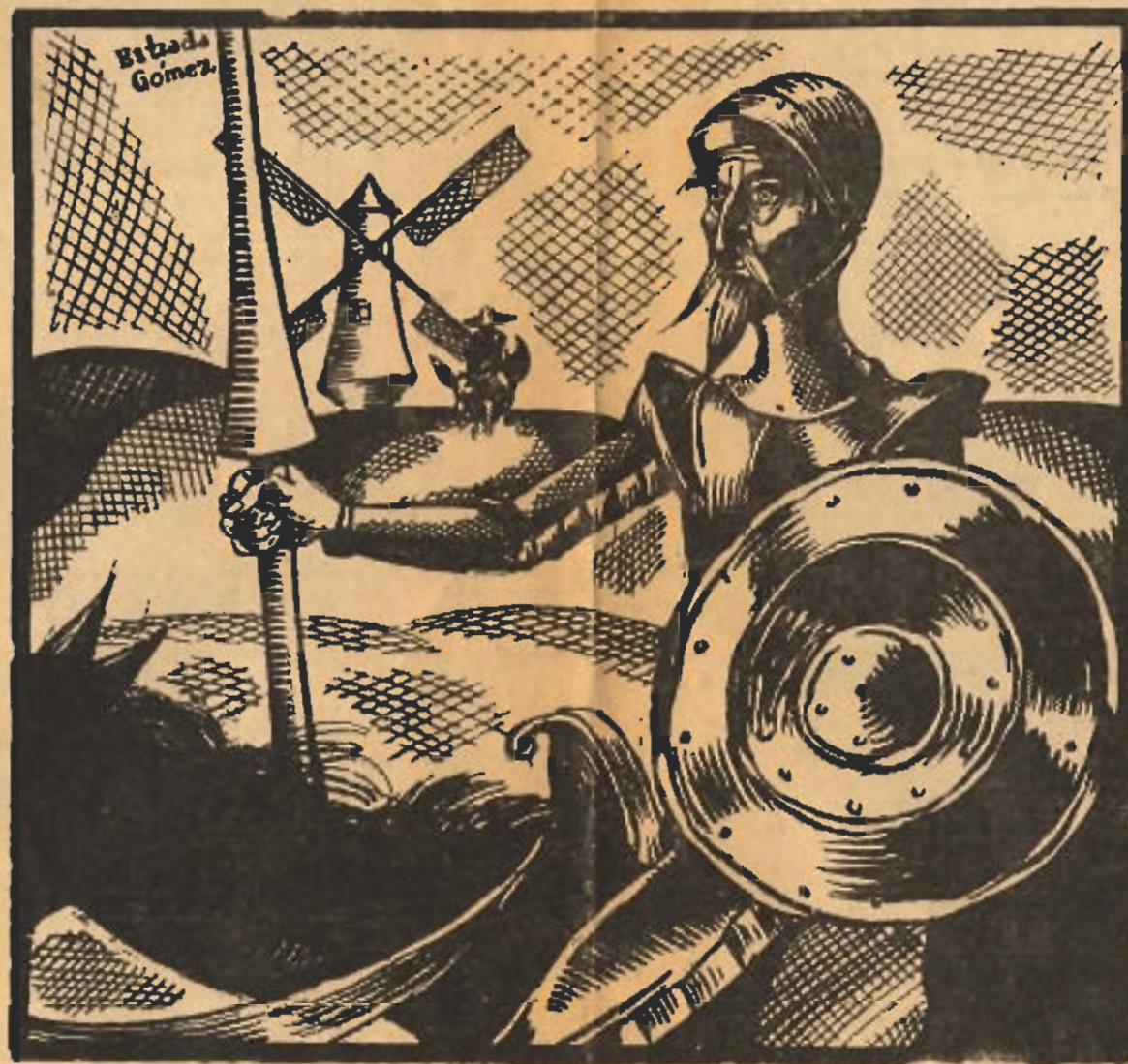
El Cardenal Cisneros, gregues su figura en blanco mármol portando una nota clara, de blancas vestiduras, en medio del ambiente gris de la piedra ennobecida de siglos.

El Paraisito de la Universidad, rompe la línea clásica predominante. Alcalá de Henares vuelve por su tradición. No olvida que así como fué romana, también fué morisca. Los árabes le dieron su nombre: Alkalá Nahar. Y por ello, este Paraisito se reviste en su techumbre de rico artesonado oriental, que trae una reminiscencia de arquitectura árabe, poniendo algo de preclorismo y de mollice sobre tan acendrada severidad. El patio "Trilingüe", posee también reminiscencias de Oriente.

Yo pienso, con un dejo de melancolía, en los millares de estudiantes que enmaran con su gracia juvenil estos ámbitos hoy dormidos. Por entre estos arcos, resaltando sus figuras sobre muros y columnas, debieron vagar en actitud meditativa de estudio, rumiando latines, o palabras griegas o hebreas, los catédricos complutenses, de negro jubón y larga capa. De entre estos patios, fluye la sabiduría española. Estas bóvedas, que acogen hoy mis pasos, con un eco de canchaca, conocieron el clamor de los estudiantes en alboroto, de esos estudiantes que llevaban sobre el chapeo la pluma fanfarrona y que bor-

daban junto al corazón, las insignias de su aula respectiva. Aquí, en este paraisito, se compuso la "Biblia complutense", o sea la Biblia, en hebreo, latín, caldeo y

por
Edgardo Garrido Merino



griego, que llevó a la estampa Guillermo de Brocaro, el más viejo impresor de las Españas. En esta Universidad, libro de las ciencias, doctoraronse los hombres más preclaros de Castilla. En ella estudiaron ilustres alcaalinos, como los médicos Cristóbal de la Vega y Francisco de Silva, y Antonio Solís, historiador de la Conquista de México.

De toda aquella grandesa, no queda sino esto: un arco hueco de la que escapó el tesoro de la sabiduría, para esparcirse e infiltrarse a lo ancho de Castilla y transcurrir, por herencia de sus hijos, aventureros en las Indias, a través de generaciones de una misma sangre en pueblos hermanos, de un mundo nuevo.

La Universidad Complutense es el frasco sin contenido. Pero la esencia volcada aún perdura, como aroma imperecedero, en las tradiciones culturales de España.

El amigo que me guía en esta visita, hombre de letras que sabe hundir sus horas en el regazo quieto y reconfortante de los archivos y bibliotecas, me habla con fervor de lo que fué esta Universidad, y para confirmarme en mi generoso pensamiento de que toda aquella cultura no desapareció, venciéndola por el tiempo, me conduce a la Plaza del Palacio, en la que se encuentra la antigua y monumental residencia de los Arzobispos de Toledo convertida en Archivo General de Alcalá de Henares.

— Aquí tiene sesenta mil legajos que ocupan casi más de cincuenta salas del Palacio — me dice, sonriendo. Se necesitarían varias vidas para leer todos esos incunables pergaminos e infolios, que guardan documental memoria de varios siglos. Hay una sección histórica, en la

que podría investigarse la labor de cultura desarrollada por la Universidad durante sus tres siglos de existencia. También se poseen los más variados y valiosos documentos de la Inquisición de Toledo y Valencia. Venga usted conmigo y apreciará de cerca estos tesoros, verdaderas canteras para los historiadores.

Es hermoso el viejo Palacio de los Arzobispos. Es un ejemplar del Renacimiento. El gusto plateresco domina en su fachada. En cambio, los torresones de la muralla del Archivo son de traz austero; aparentan los cubos de una fortaleza por la reciedumbre de sus perfiles.

Escucho la voz de mi amigo, como el viento de muy lejos, tal es la abstracción, la sensación de distancia, de apartamiento en que me coloca este desfile interminable por salas y más salas abarrotadas de legajos y manuscritos. Aroma de libros viejos, perfume acre del gremio, de la vitela, anudada con cintas descoloridas y mustias.

Negros y anchos anaquelos; vitrinas, tras cuyos cristales se exhiben colecciones de autógrafos de reyes y príncipes de España y demás cortes europeas. Mi curiosidad se detiene en la abdicación de Felipe V, trazada de puño y letra. También en algunos documentos relativos a la canonización de San Diego de Alcalá.

A la hora oscura de visitar el Archivo, el tiempo, que no quiere ser violado, que anhela secuestrar en olvido tanto manuscrito, se venga sutilmente de mi intrusión. Siendo un amigo de Jaquica; es como si un polvillo letal, muy leve, pero penetrante, hubiese emanado del Archivo para, elevar ante los ojos fatigados, una nebulosa de cansancio y de monotonía agobiadora.

Muyo del Palacio de los Arzobispos, buscando el aire de las afueras. Del Campo Laudable, vienen fragancias campesinas, olor a tierra, a renovada labor de otras.

— Mañana veremos otras cosas. Por hoy basta de emociones arcaizantes...

Y respiro la brisa a pleno pulmón, para echar de mí todo el delirio aroma que peribí de los papeles rancios, manchados de orín, y garrapateados por manos que se hicieron polvo en el polvo.

En lento y perezoso paseo vagabundeamos por las alamedas del Chorrillo, por el camino de la ermita del Val o por las cercanías de la Fuente del Cura. Nos cruzamos con millares, labriegos, sacudidos de negro manto, mocilas bulangueras que cantan a coro bajo los árboles umbrados de las alamedas.

Una sensación sedante, de pasado diapasón íntimo, nos envuelve. Diríase que la paz provinciana invade el ánimo de una silenciosa esfera. Y un viejo verso del Inmortal Arcipreste de Hita — verso de piedra que desmenuza la carcasa del tiempo — resuena en mis oídos como un canto rodado entre claras espumas. Es mi amigo quien lo recita con voz pedantesca. Pero la hora del tramonto es solemne, y mi sonrisa, que quiere ser trónica, se desmaya en los labios.

Muy de mañana, visito la Iglesia Magistral. Este título de alta dignidad, lo poseen únicamente las iglesias de Alcalá de Henares y Levalina. Trae a la memoria, por su estilo ogival, la Catedral de Toledo.

Es fueves, y por tanto, siguiendo antigua tradición, se celebra el mercado semanal. Esto trae a la ciudad muchas gentes campesinas, y la mayoría cumple con sus de-

beres religiosos antes de dedicarse a sus faenas feriales.

Yo sigo con los ojos el ir y venir de los fieles bajo las tres paves de la Magistral. Casi todos se santiguan al pasar junto al sepulcro del Cardenal Cisneros, magnífica obra de arte, tallada en mármol de Carrara por Ordóñez y varios escultores florentinos.

Es una Iglesia severa, majestuosa, con precioso retablo y afiligranadas rejías.

De allí voy a la parroquia de Santa María, donde se conserva como preciada reliquia la pila bautismal en que fué confirmada con óleo y crisma la cristiana condición de un niño hijo del surujano, valga médico, de Alcalá. Este infante, al que se le impuso el nombre de Miguel, fué el terror de los turcos en Lepanto, y supo con su pluma crear el poema más alto de la prosa castellana.

No sin emoción llego hasta la pila bautismal de Miguel de Cervantes y Saavedra. Está exornada de dibujos florales, semiborrados ya. Una placa conmemora el acontecimiento, recordando que un día de Octubre de 1547, fué bautizado allí el ilustre autor de "Don Quijote de la Mancha".

El cura que me acompaña hasta el sitio de la Iglesia en que se encuentra la pila, me informa de algunos pormenores. Es costumbre del bautismo en otra pila, más moderna, pues aquella se respeta como una reliquia histórica. Pero hay quienes insisten en que a sus hijos se les bautice en la misma pila que a Cervantes.

Cierto día llegó a la Iglesia un labriego de los alrededores de Alcalá. Era un anciano alto, conefio, vestido al uso de la tierra castellana. Venía acompañado a su pila y al marido de ésta, que habían de celebrar con los demás parientes el bautizo de un hijo. Al abuelo se le caía la baba de contento. Dispuso el señor cura la ceremonia. Pero el campesino, al ver la nueva pila, movió la cabeza:

— No, en ésta no. A este crío lo bautizan como a Cervantes. ¡No faltaba más! Quiero que sea un hombre de muchas letras...

Tanto insistió, que el buen cura, complaciente, accedió a ello. Pero al preguntar el nombre que querían poner a la criatura, su sorpresa fué aún mayor.

— Berrando, como su padre... — insistió la madre con voz tímida.

Pero el labriego triunfó con acento de testarudo, que obedecía a un propósito preconcebido.

— ¿Quisiera que le pusieran Don Quijote...

El cura estuvo a punto de saltar el trapo. El niño berró como si hubiera entendido el bromazo que le esperaba con aquel nombre.

— Pero eso no puede ser, hombre de Dios. El del Quijote es un nombre muy respetable, pero no está en el sanfotal.

Mas, el campesino insistió:

— ¡Y qué hay con eso! Bueno habrá de ser cuando hasta los ingleses que vienen por mi pueblo lo pronuncian con la boca abierta.

— Berrando, que se llame Berrando, — repelió la madre.

Y como el viejo adolecente de Cervantes, que no había leído otro libro en su vida, parecía tener sorbido el asno por el caballero andante, hubo el cura de transigir.

— Se llamará Miguel Berrando. ¿Qué les parece?

Palmotearon de alegría. Así quedaban conciliados ambos deseos. Después de esta visita, obligada para el turista, recorri las calles de la población, admirando algunas casonas de señoriales pórtilos. An-

duve por la calle de Santiago, por la de Escritorio, por la de Librerías.

Y a la hora de almorzar acudí a la "Hostería del Estudiante", donde me aguardaría mi amigo.

Se encuentra en la calle de Roma, próxima a la Universidad. Es un típico mesón castellano, con amplios patios, bodega y comedores. Está amueblado con muebles de arte regional. Hay tinajas, jarras, ollas de montar, alforjas, en los rincones del patio, dando al ambiente una visión retrospectiva. Candelas, cerámicas, cacharros de loza, talavera, alcarrazas de barro de Ocaña, acentúan la legitimidad de la "Hostería" en todos sus detalles.

Sirvan a las mesas, unas mozas ataviadas a la usanza de Castilla. Son donosas, limpias, sonríen sin malicia, van y vienen con suave diligencia. Y todo lo que tracen es castizo y sabroso, propio de la tierra. El vino de Arganda o Valdepeñas, el cocido con tocino, rices chorizos y alón de gallina, los buenos revueltos con tomate... ¡Oh, qué bien se come en la Hostería del Estudiante! Entornando los párpados, en la beatitud de la sobremesa, llegamos a fingirnos estar en los bellos tiempos en que la Universidad Complutense era emporio de la sabiduría. Dos mozas recogen los manteles y hablan quedamente. El timbre de la voz, el gracejo de las frases, todo cobra en este marco, especial encanto.

— ¡Lastima de extranjerías! — pienso para mis adentros.

¡Cómo desentonan con sus voces ásperas y sus cabellos de paja! Y esos lentos cabalgando sobre las narices rojas, y esos horribles "Bae-deckers" que no se les cae de las manos...

— Vámonos... — invita mi amigo.

Pero yo no tengo prisa. Quedo saboreando el vino rojo, y mis manos juegan con las migas del último panecillo.

— Esperaremos que se vayan. Quiero llevarme la visión estricta y pura de este maravilloso hostal. Los extranjeros deciden, por fin, marcharse. Uno de ellos, hombre zanguillargo, que cruza al pecho una "Kodak" en banderola, llama un "auto" que les aguardaba. Y la bocina resuena estridente, absurda, dando señal de partida. Les veo alejarse con satisfacción. Parece que la hostería vuelve a su época, a su verdad histórica. Un joven ha entrado ahora, y no sé con qué pretexto chiboles a una de las mozas del comedor. Así, ni más ni menos, como haciendo los estudiantes, antaño, en sus arrebatos amorosos, que permitíanse sobrelevar, con brío, las ardores del latín o del hebreo.

— En la puerta — arco de medio punto por el que entra el sol componiendo un claroscuro — se detiene un mendigo. Es un viejo de rostro enjuto, de ancho paviero y rala capa, muy encorvado sobre la capada. El mendigo clásico de las ilustraciones. Con voz de almodia pide la limosna. Yo me incorporo y le alargo una moneda de plata, que él besa agradecido.

— ¡Una peseta! — exclama el amigo. — Es un crimen, es fomentar el vicio al espaldas.

Pero yo sonrío y me encorvo de hombros. He logrado lo que yo deseaba. Aquel mendigo aunque detenido fugazmente en la puerta del patio, ha borrado con su figura las siluetas anacrónicas de los extranjeros. Y así, como por arte de magia, ha perfilado para siempre ante mis ojos la estampa definitiva que deseaba guardar de la hostería.